



"DEL NATURAL."

"IMPRESIONES Y RECUERDOS."

Con este título ha publicado en Guatemala mi buen amigo, el joven literato D. Federico Gamboa, una preciosa colección de novelitas, ó mejor, de cuadros sociales, escritos al correr de la pluma, con notable desembarazo, casi hablados, en un estilo, que sin ser atildado ni muy sumiso á las pragmáticas y cánones de la Academia, hechiza por su desgaire, por su naturalidad y su gracejo. Creo no equivocarme al decir que el Sr. Gamboa va á ser, si quiere serlo, un novelista de mérito; y que si pone empeño en conseguirlo, si escribe con más reposo y lee más detenidamente por vía de buena disciplina intelectual á los autores clásicos españoles, se formará un estilo bien castizo; sin caer en el antipático atesado arcaísmo, y rico en color, en movimiento, en vida.

¡Excelente pintor de género es Gamboa! Hoy se adiestra dibujando cuadritos, bocetos; traza aquí una figura picaresca, allá, una caricatura; acullá, un retrato; pero mañana, con todos esos materiales, hará una amplia y levantada obra de arte. Ahora estudia y describe retazos de realidad; después, en algún libro vasto y trascendente, estudiará la realidad entera.

Posee la realidad esencial que debe poseer el novelista; ver bien y retener en la memoria lo que se ha visto. No ahonda mucho todavía, porque á sus años no se ahonda, y se prefiere corretear en el campo, á bajar á las minas; no diserta pasiones, no hace análisis psicológicos; pero ve bien, retrata con tino y elegancia. . . . es un

joven fotógrafo de genio que será, si continúa estudiando, un buen pintor.

De su libro se desprende que ha leído con mucho gusto y aprovechamiento á los novelistas franceses contemporáneos. Apostaría á que le encantan las novelas cortas de Guy de Maupassant; los cuentos en extremo lúbricos de Catulo Méndez y las truhanescas historietas de Armando Sylvestre. Y no está mal que le agraden esas obrillas, ni que las haya leído con deleite, porque la verdad es que son muy bonitas, que sus autores tienen mucho talento y que leyéndolas se adquiere colorido y gracia para escribir y se conquista amenidad y simpatía para el estilo. Pero Gamboa puede hacer mucho más que Catulo Méndez y Armando Sylvestre. Maupassant cuando escribe los cuentos, no muy católicos, que suelen aparecer en el *Gil Blas* y en otras publicaciones parisienses, lo hace, en parte, por lucro, y más especialmente por *hacerse la mano*, como dicen los pintores, por atrapar al paso y por medio de la fotografía instantánea, observaciones llenas de apuntes, de cifras, de notas tomadas al vuelo y de dibujos caprichosos, esbozados en un rato de buen humor.

Pero, á seguida de esas observaciones sueltas, de esos retratos que él solo sabe de quién son, de esos objetos curiosos comprados en diversos bazares y amontonados en su casa, forma un libro, una verdadera novela, como *Bel Ami*, ó como *Una Vida*, y en ese libro aparece ya el artista superior, el discípulo privilegiado de Flaubert.

Ni Catulo Méndez ni Sylvestre pueden hacer lo mismo. Son poetas que suelen escribir en prosa; capaces de reunir en tomo muchas poesías lindísimas; pero como se guardan en cofre de marfil las perlas sueltas. Ellos no hacen collares; hacen perlas.

Federico Gamboa, si no me engaño (y creo que no me engaño), puede hacer lo que Guy de Maupassant.

En cuanto al estilo nada tengo que aconsejar al Sr. Gamboa. El suyo ya tiene brillantez, flexibilidad y despejo: con leer atentamente á Jovellanos ganaría mucho el autor del libro á que me refiero, porque Jovellanos, en mi juicio, es el médico mejor que hay para curarnos de las enfermedades gramaticales que por contagio contraemos los devotos de la literatura francesa. Cervantes, por la misma fuerza de su ingenio, por la realeza de su entendimiento, es modelo más difícil. El reina en el idioma, y todos los que reinan cometen arbitrariedades. Los Luises — el de León y el de Granada, — son admirables; pero ya están muy lejos de nosotros. Sólo D. Juan Va-

lera, en su *Pepita Jiménez* los imitó con mucho acierto; pero él, en la citada obra, se propuso hacer é hizo un místico poema de voluptuosidad.

El Sr. Gamboa no va por ese camino, ni siquiera se complace en tales sutilezas. Por eso, en cuanto al estilo atañe, debe acudir á Jovellanos, que es un honrado y excelente administrador de la lengua española.

Ya tiene él lo que se necesita primeramente: caudal propio, plata en barras, ó lo que es lo mismo, buen talento.

Que acuñe ahora esa plata, y estoy ciertísimo de que circulará sin depreciación, en todos los mercados literarios.

* * *

Es Federico Gamboa este libro de cubierta amarilla, impreso en Buenos Aires, á los no sé cuántos días del año corriente; es aquél á quien sus compañeros en la vida traviesa le llamaban «el pájaro:» despierto, vivaracho, decididor, de brío y arrestos, sin llegar nunca á pendenciero; comensal impagable, particularmente de una de la mañana en adelante; pobretón siempre casi y siempre alegre; enamorado, no de una mujer, sino del sexo; inteligente, agudo; sano de espíritu aunque venialmente pecador de cuerpo; periodista, más bien que por afición ó paga, por deseo de tener entrada libre á los teatros y acceso fácil á los bastidores; el Federico más inacadémico posible; el despejado y listo bohemio, muy parecido á los pintados por Mürger, gastador contumaz é impenitente de su amor, de su salud y de su ingenio. ¿Cómo no he reconocerle si téngole clavado en la memoria y aun están llenos de su risa mis oídos? ¡Qué olor de cajoncito cerrado, sin olor á encierro, á *renfermé*, sino á guantes, á flores, á «patas de mosca» femeninas, despiden para mí las páginas de sus *Impresiones y Recuerdos!* En parte son, los que acabo de leer, recuerdos míos, fijados en el papel, á punta de alfiler, por diestro coleccionador de mariposas. En parte he dicho, porque no acompañaba á Federico en sus nocturnas correrías, en sus estudiantinas de amoríos; pero sí porque trabamos amistades entre bastidores, y allá le hallaba casi á diario cuando yo era alumno externo, y cuentan que aprovechado, de esa escuela. Pocos años le llevo, pero cuando nos conocimos, yo, cronista desde niño, estaba ya traqueado por los

saltos del carro de Thespis; en él regresaba de la vendimia amorosa y me sabía de coro *Le Roman Comique*. Dice, por eso, que le envaneció algún desperdigado elogio mío. ¡Qué chico era entonces ese gran buen chico!

Le estoy viendo con su paltó color de avellana clara; las manos en los bolsillos y en la boca el puro que le nació con el periodismo; gacha la cabeza, saliendo de sus ojazos miradas trepadoras que recorrían el cuerpo de las actrices desde la punta del pie hasta la cresta de los rizos: pálido y descolorido por frecuentes trasnochadas que no tenían pizca de vigiliás; tristón el sombrero de copa, mas no así el semblante, ni el humor retozón, ni la palabra saltarina. Le veo pasar en *victoria* con Manuel Garrido, camino de la Reforma; le hallo de nuevo agazapado junto á un kiosko del Tívoli en acecho de aventuras, ó sentado al piano moviendo la cabeza que también bailaba danza, entrecerrando los ojos y abriendo mucho los labios ávidos de flamantes voluptuosidades. . . . Y ¡si supiera él qué miedos me hizo pasar el muy tunante! Mucho y largo temí que se perdiera, que se acabara, yéndosele el talento y la salud como se va estéril, derretida, la estearina de vela expuesta al aire; que se apagara, como, lamiendo la arandela con el pábilo, se apagaban las bujías del triste piano que tocaba Pomar en los bailes de trueno. . . . La vida periodística deslustra, mancha mucho en esta tierra; acostumbra al amor corredizo, al dinero fácil, á la holganza tentadora, á las aspiraciones de realización imposible, á las envidias, á los escauceos de venalidad; á la cantina, que es la biblioteca; al vestidor de la actriz en la noche, á levantarse tarde, á leer mal, á no estudiar, y poco á poco. . . . no tan poco á poco, chupa el jugo y tira el bagazo.

Pocos son los que atraviesan por ella de puntillas, á salvo de ese contagio por codeo tan difícil de evitar: pocos los que entrando, jóvenes é inexpertos, con hambre de vida y de todas las vidas, conservan para los años serios, íntegro ya que no intacto, el ideal, incólume la dignidad, brillante el nombre; pocos los que aman el estudio salvador dentro del laberinto de los amoríos; pocos los prudentes, pocos los constantes. Y Federico andaba por los callejoncitos alegres del periodismo, sin que le faltara talento é ingenio para cosas mayores, empujado por los amigos, por la juventud, inconsciente, aturdido, contento de la vida por gozarla y porque sabían muchos que él vivía.

El, por fortuna, es de buena cepa; viene de familia distinguida; estaban y están abiertos para él los salones elegantes; y sobre todo, tiene mucho talento y es simpático. Respecto al talento tenía yo mis dudas, no en cuanto á la realidad de éste, para mí patente, sino en cuanto al empleo adecuado para él. ¿Era talento de parloteo, de charla, á propósito para la crónica menuda, para la gacetilla picante, para el chiste caricaturesco? ¿Para el *bric-à-brac*? ¿Para las baratijas? ¿Para más. . . ? Seré franco: no llegaba á fijar mi juicio bien á plomo.

Alguna vez le ví enamorado como nunca, y no de mujer parecida á esas que le engatuzaran, según cuenta en su libro, sino de criatura ideal y pecadora nacida en la fantasía de un novelista: enamorado de la *Ivette* de Maupassant.

¡Y qué gusto que me dió! ¡Comprendía bien el arte aquél muchacho! La *Ivette* era lindísima, mejor dicho, es lindísima, y quería Federico atreverse al raptó, traducirla. Desde que hablamos de ella, de esa novia que tuve há mucho tiempo, ya no seguía yo dudando: tenía talento, y del bueno, Federico. Talento, pero muy expuesto á evaporarse, como la esencia en manos de mujer descuidada que no cierra el frasco.

Por eso me alegré de veras, sentí júbilo al saber que se iba Federico como segundo secretario de nuestra legación en Centro Amé rica. ¡Por fin. . . ! Ya respiraba. . . . Reíd, vosotras las reídoas, si gustáis; pero es una de mis muchas debilidades la de querer con un cariño muy miedoso á todos esos jóvenes poetas, jóvenes periodistas, jóvenes novelistas—á los de buena ley se entiende—que entran vendados de los ojos á la vida callejera de la vida literaria. Fundaría, si fuera rico, no un hospital para enfermos, sino una casa para hospedar á todos esos talentos que van camino de enfermar. Federico se iba. . . . ¡qué fortuna!

Tiempo después—no mucho—recibí su primer libro: *Del Natural*. ¡Ya estaba salvado aquel talento! ¡Ya tenía casa, ya tenía familia, ya era hombre! Fijé mi juicio: era un atinado observador; era un buen novelista de costumbres. No conozco su novela *Apariencias*; ¡ha olvidado enviármela el ingrato!

Pero estas *Impresiones y Recuerdos* que, sin yo habérmelo propuesto, he ido leyendo hasta acabar, me dan cabal idea de la transformación que se ha operado en el bohemio que colgó los hábitos á tiempo, en el gitano que dejó el hampa y es hoy un escritor, un *ve-*

rista, acaso acaso un psicólogo sin saberlo. ¿Nada queda del viejo Federico el joven? Sí, y hasta la gracia. . . . ¿Cómo había, cruel, de arrojar lejos de sí á la juventud enamorada? Quedan del joven Federico la costumbre de escribir aprisa, sobre la rodilla; la afición, ya disciplinada venturosamente, á la vida errabunda, la travesura y. . . esto es lo que no está bien pero que irá pasando, las viruelas locas del amor, y esa falta de escrúpulos que le permite decir con cierta encantadora ingenuidad, cosas y cosas que no son para dichas, y mucho menos cuando se trata de uno mismo. Los amigos sabemos que Federico es hondamente bueno y perdidamente franco; mas. . . . para los otros, hay que ser algo discreto. La hipocresía es mala, por más que un granito de ella suela hacer provecho; pero el silencio. . . . ¡ah, el silencio es una buena capa!

Hay en el libro páginas brillantísimas, tiernas como las de *La Ultima Armonía*, deliciosas como *En primeras letras*, sabrosísimas como esas de *Me hacen periodista*, terrible y sencillamente dramáticas como en *Ignorado*. No soy avaro, no las quiero para mí; ya las irán leyendo mis lectores. Y todos esos capítulos vividos, reales hasta en sus menores detalles, sin que les falte ni una coma, ni á Matita el sombrero ladeado.

Tiene mucho talento el que escribe así, el que fotografía con arte una actitud, un gesto, una postura, un mohín, uu guiño, una escena, un cuadro, un dolor, una vida. ¡Qué buen rato me ha dado este libro, todavía de periodista, pero de periodista que recuerda y le pone casa á sus recuerdos, de periodista que ya es hábil novelador, que observa pronto y observa hondo! Pasan por esas hojas muchos amigos, muchas amigas, tristezas, alegrías, entusiasmos, cáimientos que yo tuve. . . . Y pasa. . . . no, no pasa, queda el bien querido Federico. Así era entonces, como él se pinta, ó más bien, como él se desviste.

* * *

Para hablar de «*La Ultima Campaña*,» estrenada anteanoche con gran éxito en el Teatro Principal, sólo me queda en esta crónica un breve hueco. No cabe en él mi cariño á Federico Gamboa. . . . pero tampoco el cariño tiene vela en. . . . esta procesión. Gamboa no es de esos autores que solemos tratar con mimos porque son bue-

nos muchachos ó porque son simpáticos, ó porque *prometen*, como todo buen mexicano.

A Gamboa se le puede decir la verdad, y para el que bien le quiere, como yo, el decírsela es grato. Gamboa tiene muchísimo talento y va afinando su observación notablemente. Ve claro, ve hondo, es perspicaz, y — lo que nunca huelga — tiene mucho ingenio. Su *Ultima Campaña*, que es la primera campaña teatral de Gamboa, resultó bizarrísima y feliz. Ahí tenemos un autor dramático, un verdadero autor dramático, no acabado porque no nacen los niños con barbas, pero sí muy guapo, muy vigoroso y de valiente empuje. En su obra hay tres caracteres, lo que se llama tres caracteres, de una pieza, aunque con algunas rugosidades que menuda lima quitaría: el padre, el patriotero, más bien dicho, el fanático, el *chauviniste*, real en todos sus detalles; la buena mamá que no entiende de patrias sino de hija; y la real y deliciosa, Isabel.

Barruntaban los que conocen ciertas tendencias al *naturalismo* de Gamboa, que íbamos á ver en escena perdidas y perdidos, y lo que vimos fué muy buenas gentes, todas muy simpáticas, porque hasta la *chifladura* del viejo veterano es muy simpática. Suelta y franca naturalidad, en vez de lo que se encaprichan en llamar *naturalismo* los que por tal entienden lo nauseabundo y pornográfico sin arte y sin tendencia, es lo que hay en *La Ultima Campaña*.

Parece absurdo á algunos ese tipo del padre que no quiere casar á su hija con hijo de francés invasor, porque se acuerda del 5 de Mayo, y que prefiere la indigencia y hasta la vergüenza, á vender tierras propias á los yankees, porque hace memoria del 47. No digo yo que sea común ese tipo, . . . esa *chifladura*; pero la hay, ó por ahí anda suelta. Conozco veteranos como ese que pinta Gamboa, y que se parece al que pintó Pina en un buen cuadrito de género.

El carácter del novio, del «pretendiente,» como le llama D. Antonio, resulta algo borrado ó descolorido; pero en cambio ¡qué de lleno da luz en la casa de Doña Gertrudis, muy mexicana aunque no se batió en Chapultepec, y muy madre, sobre todo! ¡Qué angelical nimbo ostenta Isabel, buena hija y buena novia!

Todo el tercer acto de la pieza es encantador, particularmente la escena entre marido y mujer y entre padre é hija. ¡Qué frases tan bien sentidas y . . . tan bien vestidas! Eso es del buen Sandeau — «un olvidado que no olvido,» como decía Bourget recientemente, — del buen Augier, del buen Tamayo, del buen Ayala. . .

porque también de Ayala, de Tamayo, de Augier y Sandeau hay algo que no es del año del cometa.

No puede negar Federico que es mexicano. En su primer pronunciamiento, en su primera campaña, pasó de civil á general.

Y lo raro es que se ganó el ascenso.



PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN.

Tenía deseos de arrojar mi guante negro en la tumba del eminente prosador y elegante poeta que acaba de morir en España; porque, pues á nadie es dada la potestad de revivirle, impone la admiración, á los devotos de él, triste deber de tributarle un último homenaje de respeto y de cariño. No seamos ingratos con los amables y bondadosos hechiceros que convirtieron y convierten algunas horas de nuestra vida en instantes luminosos; que deslumbraron nuestra fantasía con la magia de su palabra, procurándonos un placer parecido al que de niños disfrutábamos en las noches de fuegos artificiales.

Para mí, Alarcón es un amigo viejo. No tendría yo doce años cuando en un gabinetito que mi padre me había arreglado para que en él estudiara, leí con avidez el viaje *De Madrid á Nápoles*. Lo había publicado *La Voz de México*, único diario que en casa recibíamos, y yo había ido cortando y reuniendo los respectivos folletines, hasta que con *mi domingo*, de quién sabe cuántos domingos hace, con el peso que siempre me servía para comprar algún libro, pude llevar esos papeles á la encuadernación para que empastaran los dos tomos de que consta la obra.

Estoy viendo el gabinetito: muy angosto, como un callejón, pero muy lleno de luz..... ¡tal vez ahora le dan más claridades mis recuerdos! con una ventana que daba para la azotea de la casa contigua; lleno de libros, y con un sofasito para leer esos libros, frente

á la mesa en donde estaba, siempre casi olvidada mi olvidada pizarra, en compañía del primer tomo de una obra que me causó muchos disgustos, y que dice en el lomo de la pasta: CONTRERAS.—MATEMÁTICAS. Junto, el pequeño oratorio; y á veces..... ¡oh Dios mío! en el sillón de la mesa de mi buen padre.

En aquel sofasito leí el *Viaje de Madrid á Nápoles*. ¡Qué feliz era Alarcón! ¡Cuántos primores había visto! Y con qué gracia, en qué estilo tan encantador refería todo! Leyéndolo, estuve con él en París, estuve en Venecia, estuve en Florencia, estuve en Roma, pasé una deliciosa tarde en el lago de Como, visité los museos y sentí el sano frescor de las montañas suizas. ¡Oh! ¡Si pudiera desandarse en la vida, volvería á aquel gabinetito para leer *Las Tres Romas* del abate Gaume, *La Graziella*; *El Viaje á Oriente* de Lamartine; sonoros versos de Zorrilla; *El René* de Chateaubriand, todos los libros que leí en aquel entonces!

Para permitirme que leyera *El Sombrero de tres picos*, hubo algunos escrúpulos; pero ya estaba más crecido y se me dió, por fin, la novela tan largamente codiciada. Nada tiene de inmoral, y, como dice en el prólogo su autor, lo único que dice es lo que saben hasta los niños más inocentes: que sus padres duermen juntos como marido y mujer. Recuerdo, sin embargo, que presté ese cuento á una muchacha muy bonita que se llamaba Rosa, y la mamá, á la noche siguiente, en tono agrio, me dijo que no prestara á su hija libros inmorales.

Todas estas cosas son como el título de otro volumen de Alarcón: *Cosas que fueron!*

Este sí ya lo compré con el primer dinero que me pagaron en la tienda de ropa á que había entrado como dependiente, y para hacer méritos que jamás pude hacer, porque mi único mérito consistía en ir á ocultarme en un tabuco húmedo del almacén en donde guardaban las casullas y demás paramentos de Iglesia, con el honesto objeto de leer la *Historia de Francia*, escrita por Anquetil, y que estaba arrumbada en aquella especie de bodega, ó bien algún libro que solía llevarme de casa, oculto entre la camisa y el chaleco.

¡Y cómo me gustaron aquellas *cosas que fueron!* Como nos gustan siempre todas esas cosas que ya no son! «La Noche Buena del poeta» —así se llama uno de los artículos de esa preciosa colección,— me encantaba sobremanera. Aquél soñador, ido á Madrid en busca de fortuna y que dejó á los padres en el quieto villórrico; aquél que,

tiritando, recorre las calles en noche de Navidad, y ve con envidia á los que tienen su hogar, su sopa de almendra, y en rueda cantan villancicos ó festejos bailan, me conmovía profundamente.

He releído el artículo y lo encuentro lindísimo. Esa «Noche Buena» y la de Larra, son las más buenas de la prosa española.

Y he releído después todas las obras de Alarcón, publicadas elegantemente en la *Colección de Escritores castellanos*, hasta la última tan descorazonada y desalentadora que se llama *Historia de mis libros*.

En esa *Historia* hay una sombra tristísima de olvido. Se ve al padre que está sembrando flores en la tumba de sus hijas muertas. Ya los hijos se han casado; ya tienen familias suyas, ya no pertenecen á la paterna, y aunque le miran con amor y respeto, aunque le besan la mano, ya no son de él, ya piensan de otro modo. Nuevos ideales literarios, flamantes formas poéticas, estilos agasajados por la moda caprichosa, substituyeron á los ideales, á la forma y al estilo de Alarcón. De aquí su tristeza, al creerse arrinconado, visto con desdén, entrando vivo en la noche de la muerte.

Pero no tuvo razón. Lo bello es eterno, y él hizo muchas cosas bellas. *Las cosas que fueron* tienen cosas que son y serán primores siempre. *El sombrero de tres picos*, aun cuando lo que se use sea el sombrero de copa, gustará siempre á todos los enamorados del arte.

Hay que conformarse con ir cediendo á los que vengan el asiento que ocupamos; pero es exagerado suponer que todo lo hermoso legado á la posteridad se pierde en los mares del olvido. Los pósteros seleccionan ¡y trabajo les mando á los del siglo veinte!

Para mí (ahora que puedo apreciar á Alarcón con criterio un poco menos malo que mi criterio de hace diez y ocho años), lo que de él vivirá son el *sombrero de tres picos*, el *Capitán Veneno*, varias de sus *Novelas Cortas* y algunos de los artículos que coleccionó. No vive ya su «Discurso de recepción, en la Academia española;» no vive *la Guerra de Africa*; bracean, próximas, las pocas poesías de Alarcón que no se fueron al fondo; el *Escándalo* y el *Niño de la Bola*, están enfermos; la *Pródiga*, desahuciada.

Pero en este siglo de lujuriosa producción literaria, debe tenerse por dichoso el que puede entrar á la inmortalidad con sólo exhibir estos tres billetitos, color de rosa, que se llaman: *El sombrero de tres picos*, *El Capitán Veneno* y *Novelas Cortas*.

Alarcón no tenía resuello para novelas de «amplio aliento,» como dicen los franceses. Su *Escándalo* tiene páginas muy bellas; pero en-

tre otros varios defectos descubro la intención del doctrinario, el propósito deliberado del liberal arrepentido y contrito que reza en público un *pequé* ó un *confiteor*. Lo que el padre Manrique aconseja á Fabián Conde, habríalo aconsejado cualquier hombre de mundo sin necesidad de ser jesuita. Y toda la obra adolece de esa tendencia doctrinal, de ese espíritu de catequismo que cansa al lector.

El Niño de la Bola es delicioso en algunos paisajes, en algunas escenas; pero deficiente como novela é inconexo. Lo forman «varias novelas cortas,» hilvanadas mal. Y en cuanto á la *Pródiga*, digo lo que dije otra vez en extenso juicio crítico: me gusta mucho, recuérdame á Feuillet; pero no es una buena novela.

En cambio ¡qué lindísimos cuentos escribía Alarcón! La palabra castellana cuentos, no transmite la idea que deseo transmitir y que sí expresa la del idioma francés: *nouvelle*: Porque *cuento* parece denotar algo pueril, la narración escrita para solaz del niño; y en la *nouvelle* cabe todo, desde el cuadrillo «de género,» hasta el análisis psicológico. Cultívala en Francia, con mucho acierto, Guy de Maupassant, siendo á la par, egregio novelista: *nouvelliste et romancier*. Y Alarcón es un Maupassant casto.

Volviendo á leer ese *Sombrero de tres picos*, reflexioné que había tenido razón la mamá de Rosa. Hay una intensa voluptuosidad en esas hojas, desde la escena de la merienda, de la parra, hasta la última. La *señá Frasquita* es muy rozagante, muy fresca, demasiado hermosota. Pero aunque la novelita exhale voluptuosidad, no es inmoral. Es apetitosa.

¡Qué cuadrillo más bien acabado! ¡Qué figuras! ¡Qué color! ¡Qué sanas risotadas! ¡Qué alegría!

¿Y el *Capitán Veneno*. . . ? ¡Esa es una obrita maestra! A ese capitán de furibundo mal genio, y que anda á gatas para que un niño cabalgue en él, sí le conocemos. ¡Qué buen retrato! ¡Cuán completo el parecido! ¡Y qué buena persona y qué simpático es ese capitán de mal humor! Se ve cómo el cariño va suavizando con su tibia humedad de lágrimas, ese temperamento reseco y áspero. Con haber escrito ese libro diminuto, se conformaría cualquiera.

¿Y el *tic-tac*. . . ? ¡No: quedará mucho de Alarcón aunque él no lo haya creído! No morirá la memoria de ese delicado pintor de Miniaturas. Dijo él en verso:

*Noches vendrán cuya quietud grandiosa
No turbaremos ya. . . noches de olvido!*

Pero no vendrán esas noches para él, sino las sabrosas veladas en las que, á la luz de la lámpara verde, se releen esos cuentos en familia, regocijando á los viejos, despertando curiosidades y malicias en los mozos, haciendo reír á los abuelos y á los niños. No morirá tampoco la memoria del hombre honrado y bueno. Al literato le debemos horas deliciosas, y en algunos de sus libros está escrito el verso de Manzoni: CHE FORSE NON MORRÁ.



"VELÉIDOSA"

POR JOSE PEON Y CONTRERAS.

PROLOGO

Esta novela es un poemita. ¿Por qué no está en verso? ¡Cuánto más luciría con uno de esos trajes fastuosos, recamados de oro, salpicados de perlas que da Peón á sus ideas, haciendo á ésta, princesa; á esa, infanta; á aquélla, reina! El, tan pródigo de talento, de amor, ¿por qué fué avaro? Pido versos para esta obra que es la verdad, vista por unos ojos tristes, al través de la poesía. ¡Amor aquí; olvido allá: lo que soñamos, lo que vemos!

Parece, aunque no tiene las divagaciones filosóficas y humorísticas, propias de Campoamor, uno de esos « Pequeños Poemas » que tanto y tan deliciosamente hacen sufrir. Corretea la poesía, abre una puerta, y se encuentra á la triste verdad vestida de luto. Huye; cierra los ojos; canta para que el miedo, amigo del silencio, no la siga; abre otra puerta, la que cree del jardín. . . . ¡y detrás de ella está la del vestido negro!

Así es *Veléidosa*. Dando cuerpo y color á esa novela, me la figuro como la *Mártir Cristiana* de Paul Delaroche. Es blanca, es rubia, está pálida y flota muerta, sonriendo, en las ondas azules adormidas.

Pero esa mártir no es ella, no es *Veléidosa*, sino el alma triste de su doliente enamorado. Tiene la suprema belleza, la que da el haber amado mucho, sufrido mucho y morir perdonando. Esa es la belleza que arrodilló á la humanidad ante el profeta escenio de la dulce mirada.

No se puede leer sin enternecimiento el libro de Peón. Es una historia vulgar, narrada con emoción y con talento; y porque es vulgar, conmueve. Ni siquiera es de las ocurrencias sociales que dan asunto á la crónica escandalosa ó á la crónica del crimen. Es de los dramas ignorados que se ocultan tras una gacetilla titulada «Defunción,» ú otra gacetilla titulada «Matrimonio.» Salvador ama á Veleidosa—la llamo así porque su nombre propio me desplace,—se aman los dos; Veleidosa olvida; Salvador sigue amando, y después muere. Esto es corriente, llano, se ve todos los días. . . . y por eso conmueve más. Es el dolor que ya sufrimos, salvando la vida, ó es el riesgo á que estamos expuestos.

Unos recuerdan con tristeza; otros preven asustados; pero todos los que aman ó ya amaron, leen el libro.

No me antipatiza Veleidosa. Es mujer, y no tiene la culpa de ello. Ya la había conocido Lope de Vega cuando dijo que la mujer es tornadiza como el viento y las olas; y ya la había pintado Francisco I en la vidriera de su castillo al grabar la máxima famosa:

Souvent femme varie
Bien fol est qui s'y fie;

ya lo sabemos todos, aunque siempre lo olvidamos. ¿Podeis casar indisolublemente á una mariposa con un mirto? Imposible, ¿verdad? Y tal vez por esa misma volubilidad la mariposa y la mujer son tan bonitas. Al guijarro pisamos; tras de la alondra corremos. Nos encantan el agua que travesea y que salta; la luz que muda de trajes, ya vistiendo el de oro y el azul, ya el de plata, y que viene, se va, nos ama y nos olvida; nos hechiza todo lo que vuela, todo lo inconstante, como el pez que aparece, brilla y se escabulle; como espuma efímera, como el iris rápido. Tal vez el diamante nos parezca hermoso porque cambia de luces. En cambio, el ciprés impasible, inmutable, inmóvil, casi nos infunde tristeza. Sólo que sabiendo todo esto, aspiramos con infinita aspiración á algo eterno. ¿Buscarán las almas, como el agua, su nivel? ¿Vendrán de cimas cerúleas en donde las rosas viven vida perdurable? Vamos á esas cúspides por otra nueva escala de Jacob, como creen los flamantes magos del espiritismo, caímos de ellas, como asegura la doctrina cristiana, para volver á encumbrarnos por el camino del Calvario, ó enfermós, dementados, pedimos lo infinito á lo finito y lo eterno á lo mutable. . . . Shakespeare—mal traducido,—dice: *Fragilidad, tienes nombre de mujer.* Eso no

es cierto: la fragilidad es tan femenina como la vida. Y sin embargo, las aspiraciones nuestras y las instituciones en que las hemos corporizado, descansan en la perpetuidad del sentimiento.

Veleidosa—nombre alado—no me antipatiza, porque no es responsable. Un niño ve un juguete y quiere cogerlo, se lo dan y lo rompe; se acerca á una bujía, palpa la flama, quémase y llora. Y Veleidosa es niña, no es mujer, porque las mujeres no son mujeres sino después de haber amado mucho, sufrido mucho ó haber sido madres.

Veleidosa quiso al artista, su amante, como la niña quiere al muñeco de porcelana que vió en la juguetería. Y le rompió la vida, como la traviesa rompe su muñeco. . . . ¿No os han dado tristeza nunca los juguetes rotos? . . .

Salvador era para Veleidosa un juguete encantador. Dice un poeta:

La mujer, como el ave, se enamora
De todo lo que brilla y hace ruido.

Y Salvador brillaba, hacía ruido, era un color hermoso como el de los vestidos de moda, era una música agradable como la de la danza que se baila de preferencia en los salones; era un pompón de pluma para su tocado; un clavel escarlata para su cabello.

Tomar el alma de aquel artista como se toma una sonajita de plata; jugar con su corazón como con un volante de raqueta; verse retratada por ese pincel mágico; impedir que retratara á otras hermosas, ¡qué irresistible tentación! ¡Qué linda travesura!

Y es tan fácil decir: *te amo.* Son tres sílabas. . . . casi dos. Y ¡te amaré eternamente! se dice en esos instantes en los que cabe la eternidad por breve rato. Después. . . . hace frío, da sueño, se bosteza y se duermen cansados los amores. ¿Qué culpa tiene Veleidosa de que haga frío y dé sueño?

Lo malo fué que Salvador era soñador. Pintaba paisajes en su vida, como en el lienzo. Aquí flores; allá, aguas bullidoras y cubriendo todo un cielo azul que parece no acabarse nunca. El creía en el amor eterno. . . . ¡Algunos creen así! Acaso él mismo no habría logrado hacer el suyo inmortal, porque se requiere que venga la desgracia para que, convirtiendo en marmóreas estatuas yacentes los recuerdos, hagan que vivan luengos años los amores.

¡Qué bien nos pinta Peón Contreras el contraste que, al nacer, presentaron esas dos simpatías: la de él á ella, lá de ella á él! Veleidosa se detiene un momento, como rehilete clavado con alfiler de oro. Ama

á Salvador por su donairoso traje de artista, por la luz que cae de la ventana al caballete, por la paleta que brilla, por la marina empezada, por el nombre de él, por la aureola de gloria que rodea esa hermosa y varonil cabeza.

Salvador la llega á querer, más que por bella, por débil, porque está enferma. Su alma de artista es femenina; también ama lo bello por ser bello; pero luego ese amor se convierte en hijo suyo, y entonces quiere como una madre. Y por eso, por ser como de madre, vive el amor de Salvador más que el de Veleidosa.

¿En cuál cariño canta la maternidad cuando la heroína de la novela está pálida, enferma y va á morir? ¿En el de Genoveva que es la madre humana? No; en el de Salvador. Ese pintor se vuelve médico; deja la alegre luz de su taller por la amarilla de la veladora; ya no oye á los pájaros en el bosque, para tener música en el alma al pintar sus paisajes, sino la tosecita de la pobre tísica; prepara la tisana; estudia en libros las dolencias de su amada, mientras ella reposa; corre al hospital á consultar á sus amigos médicos; á ver cómo son, cómo están las atacadas de ese propio mal; tiembla cuando la hoja amarillea, cuando llovizna, cuando el aire enfría, y á costa de sacrificios y de esfuerzos, salva una madre á su hija..... para que más tarde se la lleve algún amante.

Todo ello está dicho con becqueriana poesía en algunos capítulos de la novela. Ya al leerlos adivinamos lo que seguirá. Salvador va á ser pronto infeliz. Es tan bueno!

Veleidosa recobra la salud y pierde el cariño romántico, de convaleciente, que la unía á Salvador. Vuelve á ser Veleidosa. Antes había dejado de serlo porque estaba como postrada en su sillón de enferma. El crepúsculo vespertino de este amor en que todavía queda cariño y gratitud, y el deseo de irse desasiendo dulcemente, sin forzar, sin ofender la mano todavía ardorosa, que detiene á la helada, está pintado admirablemente por Peón. Hay frío afuera — dice el corazón, — y á cada rato se asoma á los ojos para ver si llueve. Sobrecoge el espíritu un miedo vago. Está nublado. Se presiente, casi se cree; pero no se quiere creer.

La que ya no ama, como Veleidosa, se pregunta: — ¿cómo será algo buena, al ser mala con él? — Quiere que su novio entienda lo que pasa, sin decírselo ella. Daría algunos años porque coqueteara — nada más coqueteara, — con alguna otra. ¡Ah, pero entonces los amantes son muy fieles! Temen sus corazones, y por nada salen

de aventura. De modo que algo brusco es necesario para desatar ó romper el nudo.

Entristece ese Salvador que se resiste á comprender; apena cuando transige; conmueve cuando se queda solo en su cuarto, y solo ya en la vida. ¿Por qué amó á Veleidosa. . . . ? Y si se hubiera unido á ella ?

Ya el artista vendió sus bienes más queridos para marcharse á Europa; ya va en el mar, y desde el barco dice adiós á todo lo suyo, como el poeta pintado por Gleyre se despedía, en la orilla, de sus venturas y sus sueños.

De Veleidosa nada se nos dice, ni tampoco interesa que nos hablen de ella. Baila, juega, ríe, mariposea. Salvador es apuesto, joven, tiene genio, y otras mujeres más ó menos veleidosas le sonríen. Pero pertenece á esa casta de soñadores que aman el dolor más que el amor, y cuando lo hallan se unen para siempre á él.

El dolor, en el hombre de genio, cuando no lo lleva á las cumbres altísimas, lo lleva al vicio. El ajeno atrae, como la mirada verde de una mujer con la que sólo pensamos pasar algunas horas. Para despreciar á la mujer, se buscan muchas mujeres. ¡Cuántas confesiones mudas oye el vaso! Entre la copa y los labios, ahí suele estar el drama. Y en los lechos impuros ¡cuántas veces se ha refugiado un sueño casto, un recuerdo tierno, una memoria de pureza, algo hermoso que fué bueno!

Salvador no se corrompe, se profana. Se mancha y no se limpia, porque ya no necesita estar aseado. Siente una inmensa necesidad de sueño, y bebe para dormir. Pero no se ahoga su bondad en esas charcas en que ha caído. Una suave resignación exhala su alma. ¿Por qué culpar á Veleidosa? Tal vez tuvo razón; tal vez la habría hecho desdichada; no era vicioso, era desventurado. Pero quería afearse moralmente él mismo, por amor, para disculpar á la traidora.

Por fin, enferma y muere. Muere perdonando. Su última carta es una delicadeza extrema. Parece auténtica, escrita por Salvador, y este es el más alto elogio que puedo hacer de Peón Contreras.

En *Veleidosa* hay verdad, hay ternura y hay poesía. Chispean entre sus hojas, como brillantes luciérnagas, frases luminosas. Se ve que este drama ha pasado: diríase que Peón asistió como doctor al moribundo y que escuchó como poeta sus íntimas confidencias.

Al cerrar el libro, se aplica el oído á la cubierta para oír los latidos de un corazón que en él queda. Está en prosa; pero esa prosa es como la fronda de los árboles: abriga muchos nidos, y en los nidos muchos cantos.

¿Por qué es tan breve? ¿Por qué no está en verso?



PROLOGO

A LOS VERSOS DE ADALBERTO A. ESTEVA.

Tiene el autor del libro que va á leerse una cualidad que le distingue de muchos que publican en volumen sus versos: es poeta; y amén de esta supremacía que mucho le honra, complázcome en reconocerle otra virtud, rarísima en estas regiones de las selvas vírgenes, de los genios incultos, de la vegetación exuberante, de la poesía enmarañada y de los talentos sin peinar: es artista. No predomina en Adalberto Esteva el sentimiento, aunque sí lo posee en dosis suficiente, pues á no ser así, fuera imposible que le llamáramos poeta; no es la ternura cualidad distintiva de sus versos, tan desemejantes de las cántigas que sollozan como de las imprecaciones y blasfemias que, airado lanza á los cielos el ateo ó el pesimista; no hallo en su poesía tintes densamente sombríos, ni arcaísmos y exquisiteces que revelen, más que al vate, al erudito; tampoco le descubro el afeite excesivo, afeminado, á las veces grotesco, de esos *decadentes* — como hoy se les llama, — encaprichados en adornar, con chillantes cintajos ó primorosas bandeletas, momias poéticas: no, es la suya poesía sana y rozagante, si bien nada tiene de campesina zafia y desaseada; sana por joven y de buena raza; fresca porque se lava diariamente (y no temprano), en rica palangana de alabastro, salpicada de rosas y perfumada con esencia de heliotropo; su carácter predominante es la elegancia, y le asigno prosapia tan alta, que aun creo mirar con cuánto amor meció su cuna la más hermosa de las hechiceras: la imaginación. Hay versos que trascienden á flores silvestres ó con esme-